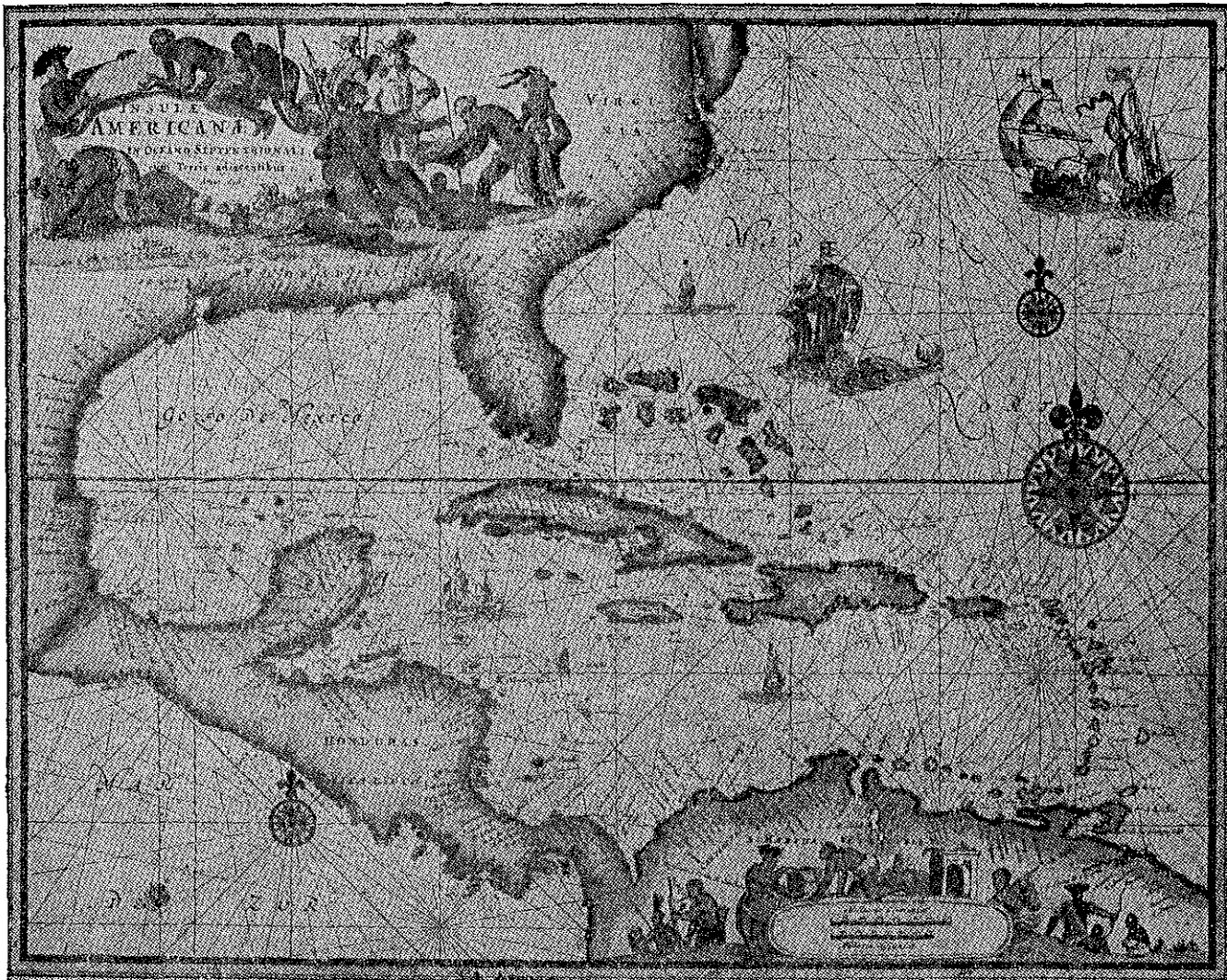


# PERENNIDAD DE ESPAÑA



Mapa del Caribe del Siglo XVII

La España conquistadora y misionera de los siglos XV y XVI engrandeció más su vida, cuando el almirante genovés, ilustre soñador y visionario, lograra en su aventura quijotesca, empujado por los Reyes Fernando e Isabel, llegar a través de la inmensidad azul de un mar desconocido, a las playas llenas de sol y de palmeras de una tierra desconocida y feliz.

Después fue necesario el dolor de la conquista y el tormento largo de la colonia, donde la sangre fue el tributo sagrado de la agonía de dos razas que iban a fundirse para hacer brotar de ellas, la flor empurpurada de una promesa nueva que sería al rodar de los tiempos, la vivencia perenne y remozada de la gloria, la cultura de un pueblo y el florecimiento de una raza nueva, nacida al calor vivificante del cruce de dos sangres que hay sobre el mismo cauce, representan la esperanza de una humanidad desesperada y enloquecida por la vida.

España consciente en su misión; libre de prejuicios racistas, reconoció la igualdad de su sangre, con

**JOSE SANTOS RIVERA,**  
Sub-Director de Extensión Cultural  
Educación Pública.

la sangre del indio y volcó su color y su cultura en la corriente común, creando de esta manera su perennidad en el espacio, en el tiempo y en la gloria.

España trasplantó su espíritu a las tierras de América y se supone más grande en su poder y en su noble y generoso orgullo. Es por eso que en toda nuestra vida vibra lo español. En las campanas de nuestros templos coloniales canta España! En la guitarra festiva y alegre con alegría americana canta España! En los claveles y las rosas del jardín americano, está el color rojo de la España aguerrida, en la copla, en el andar de la mujer latina, canta el espíritu de la España poética y sonora de todos los tiempos, en nuestro espíritu idealista, en la canción y en la risa, en los gallos y los toros, en la carreta y los caballos, en la voz y en el grito, vibra vivo con pre-

sencia de espíritu levantado y eterno lo español.

Celebrar la fiesta de la raza, no es desear el yugo que rompimos. La colonia y la cólera del encomendero no es nuestra aspiración, que mal podríamos llorar por las cadenas cuando somos forjadores de la libertad. Celebrar la fiesta de la raza es recordar nuestras características propias de mestizaje, es darnos cuenta de nuestra misión en la historia, es saber lo que nos dio España y cómo hemos enriquecido esa herencia. Porque si políticamente estamos desligados desde la independencia, no podemos negar que continuamos unidos a ella, con lazos de espiritualidad indestructibles como son: la raza, la lengua, la tradición, la historia y la esperanza.

La raza india se nutrió, creció y se fortificó con la vitalidad de la sangre hispana; es la tradición y la historia lo que afirma nuestro pasado y nos señala rutas en el porvenir. Imposible sería querer renunciar a esa herencia de pecado y virtud originales que no borrarán nunca las aguas del bautismo. Es nuestro deber reafirmar nuestras características propias, renunciar a las imitaciones absurdas y sobre la invasión de extanjerismos, mantener vivo el espíritu de nuestra propia personalidad, sin desteñirnos en colores ajenos.

Era necesario el dolor de la conquista, la pena larga y honda del coloniaje para el parto feliz de la libertad y para que dos sangres fueran una en el milagro de la Historia, para la grandeza de España y la grandeza de América. América devuelve en mensajes de luz el pago de esa herencia y España misma inicia en el vuelo las alas poderosas de sus pueblos.

Bolívar, San Martín, Hidalgo, Darío, Sor Juana Inés de la Cruz son exponentes vivos y eternos de lo que supo ser la cultura iniciada por España en nuestra América.

Con la espada signo de la fuerza, venía también la cruz, signo de la luz y la cultura cristiana se regó en semillas por las tierras de América. Se alzan aún como testigos eternos los monumentos vivos en la piedra bienhechora de las Universidades españolas, en las catedrales, en la imponencia de las ciudades coloniales y en este idioma musical y claro tan dulce al oído como al alma.

“Es la España eterna que un día fue Parroquia de la tierra, y en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, bautizó en Castellano el Mapamundi”

En el día de la Raza emergen del recuerdo y de la historia, toda la grandeza de nuestras dos corrientes gestadoras, la indomable bravura de nuestros caciques y la tenacidad invencible de los conquistadores, toda la grandeza cultural de España, junto al prodigio Maya-Quiché en todas las ramas de las ciencias y las artes. Es la grandeza de nuestro pasado que nos da brillos para desafiar al porvenir.

En el día de la raza celebramos la grandeza de las instituciones españolas, tal ese monumento de las Leyes de Indias, jamás igualado en la historia de los pueblos conquistadores. Leyes para América iguales a las de España, leyes portadoras de los gérmenes de

la futura emancipación; porque España inició en nuestros pueblos los principios de Democracia. Evoquemos la gigantesca acción civilizadora que España nos trajo en la voz de sus misioneros con Fray Bartolomé de las Casas, que si tuvo errores éstos jamás podrán empañar el fulgor de sus virtudes; fue él quien luchó por leyes más benignas y humanas para el indio. Aquel Fray Juan de Zumárraga con quien vino a América la primera imprenta y dispensando su crueldad de hombre de presa, no negaremos la importancia y grandeza que para nosotros tuvo la introducción del asno y la carreta hecha por Pedrarias, asno y carreta que vinieron a quitar el peso de la carga de las espaldas soleadas y atléticas del indio americano. Súmase a esto el proyecto de inmigración y ensanchamiento de cultivos en tierras de América. La empresa de Balboa que nos regala un mar y mil hechos más que demuestran que no todo fue devastación y saqueo, sino que la labor de España en América es más grande que sus errores y atropellos, males comunes a toda conquista, a toda lucha.

Es por todo esto que nuestra cultura y civilización actual, tienen su origen en el robusto tronco de esa España madre, hoy agobiada por el peso de sus grandes glorias; pero revivida y joven en el brío de veinte cachorros, sueltos en los caminos del mundo.

A través de los cronistas de Indias desde Pedro Mártir, Albar Núñez, Cabeza de Vaca hasta Gómara, desde Cieza de León hasta Oviedo, desde Fray Bartolomé de las Casas a Bernal Díaz del Castillo y desde éste al inca Garcilaso pasa en sus páginas la Historia de la grandeza de los grandes reinos que se asentaron a lo largo del suelo americano.

Es la América nuestra que tenía poetas  
Desde los viejos tiempos de Netzahualcoyólt,  
que ha guardado las huellas de los pies del gran  
(Baco,

que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió;  
Que consultó los astros que conoció la Atlántida  
Cuyo nombre nos llega resonando en Platón,  
Que desde los remotos momentos de su vida  
Vive de luz, de fuego, de perfume, de amor  
La América del grande Montezuma, del Inca,  
La América fragante de Cristóbal Colón

La trascendencia del descubrimiento está en el encuentro de un mundo desconocido, en el encuentro del hombre con el hombre, ambos perdidos en las rutas del mundo. Es la trascendencia de un sueño realizado, sueño que anduvo en la mente de los poetas como Dante, de los geógrafos como Toscanelli, Pablo Osorio y de muchos navegantes. Sueño que hizo realidad la ilusión de una reina y la constancia de un marmo. Así comenzaron los tiempos modernos, así comenzó la nueva angustia del hombre sobre la tierra, la de explorar nuevos mundos que en el infinito giran al compás de la música azul de las esferas pitagóricas.

Toda la gloria legendaria de España, viva en nuestra sangre americana, América tierra donde florecerá la democracia verdadera, América, esperanza del mundo! Continente que España iluminó para la gloria y para la humanidad!